

ÁLVARO PACULL

Actor y Licenciado en Estética

“Yo soy una persona que no puso más que sus condiciones para algo que el destino me colocó. El teatro exige entrega de tiempo, entrega física, aplicar a él toda la energía, todo nuestro potencial, entrega absoluta como una persona humilde a su religión”



ANA GONZÁLEZ:

EL CULTO DE LA RISA COMO TESTIGO DE UNA ÉPOCA

La revelación de lo cómico, gran secreto de su éxito

“Yo soy de la época de cuando hacíamos giras en carreta. Íbamos la compañía, junto a los bultos, la utilería y el maquillaje, por caminos de tierra, de pueblo en pueblo, bajo el sol y la lluvia, llevando el cargamento de sueños que la obra del momento nos brindaba, para que un público, la mayoría de las veces humilde, nos viera y sobrelleva sus pesares”. Así recordaba, hace varios años, Anita González, el quehacer teatral previo a la fundación de los teatros universitarios, a un grupo de jóvenes estudiantes de teatro, acostumbrados más a la queja que al esfuerzo, más a los discursos que al hacer.

De alguna manera, Anita González fue testigo y cómplice activa de las transformaciones sociales ocurridas en nuestro país durante el siglo pasado, claro que desde la perspectiva del teatro y también desde la valoración de éste en el cuerpo social. No olvidar es importante para el desarrollo personal y social y eso nos obliga a recordar, tanto los prejuicios como los sinsabores vividos por los “cómicos” en un país demasiado apegado a las formalidades y a las normas poco flexibles, impuestas hasta hace bastante poco tiempo, no está de más repetirlo, por estructuras de poder con ribetes cercanos a lo feudal.

Hacer reír, dar esperanza y felicidad, establecer un espacio de algún modo crí-

tico, para así llegar a una masa popular —de tradición básicamente campesina—, era la meta de muchos “teatristas” de la época. Eso dio un lugar importante al humor, sobre todo los primeros cuarenta años del siglo pasado. Tal vez a ello se debió la predilección por el sainete, género escénico tan apetecido y consumido en aquel entonces. En parte fue ese ambiente cultural el que condicionó y definió la personalidad artística de una de las actrices más apreciadas y respetadas de nuestra historia teatral contemporánea.

Qué hizo que Ana González, ya sea a través de su personaje popular Desideria (empleada doméstica), o por medio de sus otras interpretaciones cómicas y también dramáticas, llegara al alma nacional, al encuentro con su pueblo, ésa es sin duda una pregunta pertinente. La historia del Chile contemporáneo es una síntesis de transformaciones radicales, de experimentos sociales y políticos, de discursos acalorados y apologistas, de innumerables promesas no cumplidas, donde el ciudadano común ha tenido que luchar por construir una identidad en medio de una red social telúrica, por catalogarla de alguna manera. Las constantes caídas, las abundantes derrotas, el estigma de perdedores, crearon una imagen decadente del chileno, marca indeleble que le acompañaría hasta bien entrados los “exitistas” años ochenta y que repercutiría en la impostura de un sino fatídico que frenaba la idea de país

en vías de desarrollo social y económico, pero que dio enorme material artístico a los creadores astutos y sensibles. Referente a lo cómico, uno de los temas de este artículo, habría que decir que si en la vida cotidiana, de gran parte del siglo XX, vivíamos en el drama, lo escuchábamos y lo sentíamos, la risa se convertiría en la esperanza catártica de la gente. Siempre me ha rondado la idea de que detrás de la risa del chileno se hallaba, e incluso ahora se encuentra, la pena, la frustración, la histérica angustia. Verse en otro, compararse, ver lo que le pasa a otro tan débil y humano como yo, era y es parte del encuentro liberador de los pequeños, una ayuda para vivir, para subsistir, en un medio de precario equilibrio como el nuestro.

Bergson afirma, en su célebre ensayo sobre la significación de lo cómico, que "fuera de lo que es propiamente humano no hay nada cómico". Reímos ante las expresiones humanas, ante los caprichos, las actitudes, de hombres y mujeres que son parte de la vida. Algunos filósofos han definido al hombre como un animal que ríe, pero habría que extender esta idea también a un animal que hace reír. Así coincidimos con Bergson en que "si alguna cosa inanimada o animal produce risa, es siempre por su semejanza con el hombre, por la marca impresa por el hombre o por el uso hecho por el hombre". El buen cómico, y Ana González dio prueba de ello, será un feroz cazador de las actitudes humanas, tendrá una habilidad para sin-

tetizar las acciones y las actitudes que representan a ese ser humano como parte de un problema concreto en un ambiente específico. La labor crítica del ejecutante teatral y su propuesta "opinante" será el terreno obligado del comediante. Desde ese supuesto, entender la risa, y al que la alcanza, no representa para nada algo liviano y fácil, sino que se entronca dentro de las dimensiones más profundas del entendimiento humano.

Lo cómico se producirá, por ejemplo, cuando los hombres que componen un grupo, concentran toda su atención en uno de sus compañeros, imponiendo silencio a lo sentimental y ejercitando únicamente la inteligencia. Salta la carcajada, entonces, cuando un grupo reconoce en el objeto de la risa un acto contrario a su voluntad, algo que lo revele en su debilidad, que lo exponga íntimamente en sus dimensiones humanas más precarias, producto de alguna circunstancia externa que determina el efecto. Así lo cómico es accidental, y por ello externo, pero para que surja en su total dimensión, deberá penetrar al individuo y luego mostrarlo, permitiéndole manifestarse en su evidente naturaleza de hombre.

El actor o actriz de lo cómico, tal como lo fue por excelencia Anita González, tendrá, desde esta perspectiva, que trabajar con su personaje el efecto provocador de la risa, manifestar la debilidad del sujeto representado, exponiéndolo a lo

que no es capaz de hacer o reconocer, ya sea en cuanto a sus miedos como a su falta de aptitudes y habilidades, para así luego hacer evidente su "precariedad" como individuo social que intenta mantener una imagen creada y pensada —la que inevitablemente ve desplomarse por lo artificial de su construcción—.

Ana González supo reconocer la debilidad y la contradicción del "ser chileno" y la expuso en el teatro; manifestó nuestras flaquezas y las elevó a las esferas más comunicantes de la sociedad. En otras palabras, concentró todas sus energías en capturar las verdaderas esencias de lo chileno, nuestras artificiales imágenes de sociedad latinoamericana con aspiraciones de superioridad, pero con tejado de vidrio, o más bien de "fonola" con agujero.

A nuestro juicio, la comediante vio cómo el chileno se ríe de lo que no es, o lo que no pudo ser, situación, esta última, que le impediría una constitución paradigmática trascendente, tal como sería su real aspiración. Su trabajo como actriz fue mostrar lo oculto del chileno y provocar la risa fruto de la motivación al descubrimiento del espectador de que, la mencionada debilidad personal o social, realmente no tiene solución o sencillamente es algo que no se está dispuesto de manera eficaz a remediar. Punto central este último para una ejecutante que cayó en la cuenta de que lo cómico era, en nuestra sociedad, un espacio de verdad y de revelación íntima,

que nos agrupaba y nos daba refugio como cuerpo social, espacio fuera de los idealismos sentimentales y quiméricos emanados, por ejemplo, de los discursos políticos e intelectuales tan valorados en Chile, donde muchas veces la palabra no se apoya en la contundencia de los hechos (siendo esto algo sin sentido para el buen actor y la buena actriz, quienes fundarán la credibilidad de sus decires en acciones poderosas que invitan a la lucha por la transformación de la realidad propuesta en la escena).

Acción fue la palabra

Desde muy joven la actriz supo que lo suyo sería la acción y, por tanto, la provocación. En un primer tiempo sus aproximaciones como actriz fueron de naturaleza contingente y directa; pero su relación y adecuación con los sucesos que implicaron el desarrollo artístico del teatro contemporáneo chileno, fundamentalmente su cercanía a los teatros universitarios, no sólo la mantuvieron vigente, sino que la catapultaron estéticamente al futuro - no olvidandoafortunadamente la raíz simpática lograda con su arte primigenio.

Su personaje Desideria, por ejemplo, creado a raíz del electoralismo que llevó al poder al Frente Popular, aprovechó el advenimiento de una sociedad campesina que aspiraba a una vida mejor en la ciudad. Así, fruto del contacto con la nueva vida en la ciudad, la Desideria reflejaría indefectiblemente los largos años de campesinado servil y sin voz que la

precedían, aflorando a través de sus acciones y actividades la ignorancia para signar e interpretar el lenguaje requerido en las nuevas circunstancias. Era ahí donde, sin lugar a dudas, aparecía el humor como comunicación y vínculo. Las palabras y las acciones, las formas de expresión portaban un sentido y una meta que no era otra cosa que el alivio para muchos individuos que ocupaban el mismo lugar social del personaje.

Bajo esta perspectiva, su personaje más conocido significó un continente que entendía los motivos y las vivencias más profundas de los espectadores de varias generaciones de chilenos, los que llegados a la capital aspiraban a la movilidad social. El personaje en cuestión tenía, por tanto, una función comunicadora y empática que motivaba el encuentro y el aprecio de un gran número de chilenos. Un pueblo que, en gran número, mantenía oculta, bajo disfraz, su verdadera identidad.

Los méritos

"Muy amiga de sus amigos y muy enemiga de sus enemigos. De armas tomar, sin pelos en la lengua. Al pan, pan y al vino, vino. No es una mujer de términos medios" (Ramón Núñez)

Según Delfina Guzmán, uno de los méritos de Anita fue el no aparentar lo que no era, cosa de enorme valor cuando se incorpora a los teatros universitarios, los que tenían el peso de intentar formar academia sobre la impostura de una

dramaturgia universal. La radio y su consecuente trato con la masa, obligaban a la comediante a una comunicación directa. En este sentido y según Delfina Guzmán, "tal vez el teatro universitario se habría enfriado sin el aporte de ella, se hubiera caído esa comunicación tan rápida y tan fuerte que ella tenía con el público". Así, el aporte de Anita fue establecer un nexo entre lo popular y lo académico, entre un teatro basado en lo intuitivo y otro que intentaba constituirse a través de teorías europeas sistemáticas de la actuación. Si a lo anterior sumamos su habitual agilidad y limpieza de ejecución, más su compromiso profesional con el trabajo, el resultado no fue otro que calentar escenarios, los que en manos de otros estaban condenados a la rigidez y a la frialdad.

Secretos de actriz

En una entrevista para los Cuadernos de Teatro del Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación (Nº10, enero 1985), Anita comentó algunos secretos de su éxito como actriz, que bien podrían instruir a más de una persona de teatro. Al respecto mencionaba que al surgir la Desideria estaba "clarita", cosa que nos debería hacer pensar en la oportunidad como vehículo de la creación teatral. El actor crea su personaje aprovechando las coyunturas sociales que faciliten el contacto con la gente; ésa es la pertinencia de la inmediatez en el teatro, algo que nuestra actriz supo cultivar con creces. Sumado a esto vendrían las claves del humor, las

que al decir de ella no estaban en los chistes puntuales, sino en la comicidad de la situación: si la situación era cómica los chistes serían su coronación, pero no al revés. El uso de la caracterización, a través del maquillaje y el vestuario, sería otro gran aporte al personaje. Desideria, por ejemplo, era "alguien" por cómo se veía, no sólo por lo que decía. Tener claro a quién iba dirigida la comunicación, lo que ahora llamaríamos "destinatario específico", fue otro de sus logros. En su momento pensó: "tengo que hacer reír a las mujeres y no ser competitiva con ellas, eso va a gustar". El objetivo entonces era gustar, no confrontar, ya que de lo contrario la meta de permitir a Desideria, una empleada doméstica, decir las "cosas que pasan", se hubiera abortado por la propia naturaleza humana competitiva por excelencia. Sacar lecciones de realismo sobran de estas palabras, ya que muchas veces el idealismo intelectual fuerza en la forma los verdaderos objetivos del teatro, siendo éstos entretener, comunicar, participar, involucrar, entre otros. Dar voz a una empleada doméstica en la década del treinta, era toda una proeza en nuestro país, un verdadero acto de sedición. Ser político obliga a considerar los procedimientos, algo que las personas de teatro, durante siglos, han debido contemplar, y que cuando lo han olvidado les ha traído dolorosos momentos. El teatro, en su quehacer, siempre remite a lo posible. Nunca es factible montar los delirios del dramaturgo, o imponer teorías que impidan en su posterior materialización la realidad de la concreción. La vieja lucha entre ser y deber ser se presenta aquí de manera contundente. Ana González entendió desde muy joven que, si su meta era llegar a la gente con la verdad de los personajes, generalmente seres marginales, en crisis, o imposibilitados de mostrarse producto de una fuerza superior, tal como nos indica la teoría dramática, tenía que buscar la manera de lograr su objetivo; en esto estuvo la habilidad de su arte como actriz, de persona del hacer, del conquistar, tal como tan insistentemente nos

recuerda el maestro Stanislavski a todos los actores.

Los sueños pendientes

"Un sueño antes de morir, que hubiese un teatro subvencionado gratis con obras entretenidas, ¿por qué meterle grandes mensajes y darle "clásicos" al pueblo? ¡No!, darle obras chilenas, divertidas, gratis, para todo el mundo y para cada actor un sueldo decente".

Ahora cuando el otoño parece demasiado presente para la actriz, ahora cuando el peso de los años le impide figurar junto al público que tanto le dio, y al que tanto entregó, surgen las necesarias reflexiones en torno a una persona para la que, al decir de ella, "el trabajo fue alimento espiritual y material".

En mi opinión, el deber del país para una persona como Anita, es no olvidar su ejemplo de profesional y su gran amor por la raíz de lo popular. Anita fue un ejemplo de ubicación en el tiempo y en el espacio. Es importante tener presente en nuestra sociedad a la gente emprendedora y con capacidad de realización: esta actriz lo fue. Su sencillez la llevó a decir: "no soy nadie para ser Premio Nacional de Arte. No soy nadie para tener el status que tengo", necesarias palabras de humildad en un medio donde muchas veces el arribismo intelectual se adueña de la verdad.

Pero mejor recordémosla como ella nos hizo notar, riendo, en su momento: "Como actriz es buena... Ahora que graciosa, con tanto humor... no le encuentro. Para oír todas las mañanas "Radiotanda", ¡no! Como actriz hay cosas que ella sabe comunicar muy bien, con gran verdad, entrega todo lo que vive un personaje, pasiones fuertes y se da al público así... como servido en bandeja".

¡Cae el telón, tres bis, se acaba la función!, ¡mierda, mierda, Anita!

Fotos: Archivo iconográfico del teatro chileno Escuela de Teatro de la P. Universidad Católica de Chile



CLAUDIO PIRELLI
FOTOGRAFÍA

ACERCA DE LOS JUEGOS DE NIÑOS Y LA EXPRESIÓN DRAMÁTICA

